

colocó la cabeza menos de los tres cuartos, que aconseja Leonardo de Vinci para darle más movimiento, y por aumentar la prestancia y la solemnidad apetecidos, la deja rígida, perdiendo naturalidad y obligando a los ojos a mirar con excesiva oblicuidad, con fijeza inexpresiva y forzada que por ser lo de más norte de la figura da a la estampa un aire de artificio que la desvaloriza.

Tiene el cuadro tanto detalle como la fotografía y le faltan esas pinceladas que sintetizan el conjunto de la fisonomía y fijan el carácter de la persona sin perder el parecido, por las que el ojo humano goza supremacía sobre el objetivo fotográfico, por ese halo imperceptible que impregna el semblante calibrando el tono o la laxitud de cada músculo y el trasfondo de la mirada, el caer de cada arruga, según el carácter y el talante de cada uno que no son el tamaño de la boca, el color de los ojos ni lo poblado de las cejas aisladamente.

Antonio logra aquí un efecto contrario a sus deseos porque el retrato pese a su gran parecido, atrae menos que la foto-

grafía, puede decirse que ni atrae ni sorprende, a lo sumo deja indiferente, como cosa muy conocida de ponerse a retratar, alterando la sencillez y la armonía de todos los días, que resaltan mucho más en la fotografía reproducida que en la pintura.

El mundo le vió marchar indiferente, como un equivocado y tal vez considerando la muerte como el efecto propio de la situación creada por su ilusionismo fantástico, por que el mundo solo valora como cierto el triunfo consolidado, pero Alcázar debió sentir, allá en lo íntimo de su ser, que algo importante se desgajaba de sus entrañas que no le sería fácil compensar, porque no todos los días nace un hijo idealista que lo sacrifique todo a la gloria y al ennoblecimiento de su nombre y de su tierra.

## HOMENAJE

### Isidro Parra

Al rememorar la figura de Antonio Murat y en justo homenaje a su memoria por haber mantenido el hábito artístico en aquel ambiente de miseria, me ha parecido lo más propio unir a este recuerdo alguna representación sencilla de los aficionados de hoy que, aún con mejor ambiente y otros medios, se siguen debatiendo entre dificultades sin cuento para mantener su dedicación al arte en medio de la indiferencia y la incomprensión.

Por mucho que yo quisiera decir de Antonio, a él, si viviera, no podría agradecerle tanto como el ver que sus continuadores, al fin los más entendidos, le ofrendan algún producto de su anhelo para arrancarle al color, a la línea o a la luz el secreto maravilloso de lo sublime.

Uno de estos plausibles esfuerzos fue

el llevado a cabo por Isidro Parra en la figura de Milagros que constituye casi un logro completo y sorprende que su autor se haya apartado del buen camino para pintar esas cosas intraducibles que se estilaban ahora, tan alambicadas y sutiles que nadie las alcanza.

La cabeza de Milagros es un portento: la sesera sembrada de matas claras, como crecen en el gredizo del Albar-dial, plegado y surcado el tegumento, la mirada glauca, de cazador de liebres, pero con más engreimiento que astucia, satisfecho de su clase.

Es un acierto haberlo pintado fumando, porque no todo el mundo fuma igual y su mo-